



www.loqueleo.com/es

© 2014, Blanca Álvarez

© De esta edición:

2017, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-070-1

Depósito legal: M-37.955-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Segunda edición: julio de 2017

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega
y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



**TODOS
LOS HÉROES
HAN MUERTO**

BLANCA ÁLVAREZ

loqueleg

Vicente se convenció de que todo había comenzado con la enfermedad del abuelo, con su obsesión por encontrar un perdido número seis. Aquel número pasó a sus pesadillas y transformó su vida. Sin embargo, el número seis llevaba años navegando entre ellos, agazapado y esperando el momento oportuno para vengarse.

Despierta cuando tropieza y cae y nota unos cuantos huesecillos de roedor entre los dientes, arañándole los labios.

Despierta sintiendo la misma angustia de las últimas noches.

Despierta con la boca seca, el cuerpo aterido y la sensación de que nunca logrará descifrar el maldito enigma del seis.

¡El seis!

Un número, una clave, un lugar tal vez...

Lleva semanas naufragando en el mismo sueño plagado de cementerios, números, premoniciones, lápidas de mármol rosa, como si estuvieran teñidas de sangre.

Sobre todo, lleva semanas sintiendo un nudo de angustia en el estómago y no sabe cómo encontrar la respuesta capaz de desatarlo y dejarlo respirar y tragar. Y volver a ser el mismo de siempre. El genial estudiante de Matemáticas, enamorado de Teresa y adicto a los crímenes matemáticos.

Ahora, todo él, una madrugada más, es un magma de angustia; una herida sangrante sin diagnóstico.

La misma angustia de Claudio, el abuelo, cuando reclama saber dónde está el número seis.

8 En ese momento, cuando la noche aún no se ha retirado de las aceras, desea tan solo pensar en Teresa. En la risa de Teresa; en los besos de Teresa. En Teresa, su amor.

Ni los desinfectantes, ni los ambientadores o los jarrones llenos de flores casi frescas lograban camuflar el olor a viejo, a enfermedad, miedo y muerte. Vicente odiaba aquel exquisito y caro lugar donde vivían unas cuantas docenas de ancianos, privilegiados a su manera ya que se podían permitir pagar los dos mil euros mensuales de la residencia. Con todo, no dejaba de ser una antesala de la muerte. Una antesala triste por donde se bamboleaban unas docenas de fantasmas a la espera de convertirse en polvo; donde algunos parientes, en estricto horario de visita, cumplían con el deber de acompañar los últimos pasos, temblorosos, de los suyos.

Un lugar donde la enfermedad no esperaba curarse.

Un lugar del cual la vida se alejaba espantada de sus propias consecuencias.

Un lugar donde Vicente no se imaginaba a sí mismo y tampoco deseaba ver a Claudio. Esa decisión la había

tomado su padre siguiendo el pragmatismo de quien dice hacer lo mejor por los suyos, pero, en realidad, lo único que desea es alejarlos todo lo posible de su vida.

La vejez exhala un aroma desagradable porque recuerda el lugar hacia donde caminamos todos.

—Hola, abuelo.

Hoy no toca reconocerlo. Claudio levanta unos ojos acuosos, ciegos al presente, varados en algún punto al que no llega la conexión con la realidad de esa tarde de enero, fría, demasiado fría para unos cuerpos sin calor propio. Y Vicente no sabe qué hacer. Lo consuelan esas otras tardes, escasas, en las que el abuelo parece regresar y escucha con ojos brillantes sus «crímenes matemáticos», ese juego de su pequeño grupo de amigos, compañeros desde el jardín de infancia; cuatro, los cuatro adictos a las matemáticas y al asesinato perfecto.

Hoy duda si colocarse el mp4 en los oídos y dejarse llevar por algunas de las grabaciones que Teresa le regala para «relajar tensiones», sobre todo Loreena McKennitt y la vieja *The Book of Secrets*. Teresa. Solo con masticar su nombre, calma brevemente la total angustia ante el abuelo. Cierra los ojos y repasa besos y murmullos: ¡Teresa! Cuando abre los párpados, regresa al lugar donde un desconocido lo mira sin reconocerlo.

—Abuelo —murmura colocando su mano sobre la del anciano—. Soy Vicente.

—El seis, ¡hay que salvar al número seis!

—¿Otra vez, yayo? —No es una queja, es más un llanto infantil.

—¡El seis!

Casi lo grita con los restos cascados de sus cuerdas vocales. Vicente sabe que toca día negro. Uno de esos días en los que Claudio ni siquiera se reconoce a sí mismo en un espejo. Jamás le había conocido obsesiones, y menos numéricas; el abuelo había sido ingeniero de minas, no matemático.

10 Desde que Claudio rompió las amarras con la realidad, Vicente no ha dejado de intentar averiguar de dónde le llega aquella malsana obsesión. Él no logra recordar nada repasando la multitud de recuerdos que lo vinculan con su abuelo. Nada, ni una ligera pista.

Sus padres no supieron responder, o no quisieron. La primera vez que lo comentó, Miguel, su padre, superó rápido el impacto y se mantuvo impasible: «Qué quieres, el alzhéimer es un asunto terrible, podía haberle dado por cualquier otra cosa. Al menos se trata de una manía inofensiva».

¿Inofensiva? ¿Nadie percibía la angustia de Claudio? Tal vez solo Vicente sentía aquella agonía terrible en el abuelo cuando retomaba su obsesión. Sus padres parecían mirar hacia otro lado.

No era una simple manía, tampoco resultaba inofensiva. Desde los primeros síntomas de la enfermedad, Claudio había convertido aquel seis en una urgencia vital.

¿Era solo un número o quizás una clave, un nombre...?

Con el paso de los meses, la obsesión de Claudio traspasó las barreras de su propio mundo, para instalarse en la vida de Vicente, que comenzó a deambular en torno a

ese número como si formara parte de sus propios recuerdos. A temer su aparición en la voz trémula de su abuelo. A no poder apartarlo, ni de su vida, ni de sus pesadillas. Ni siquiera de los momentos con Teresa.

¡El seis!

En el Círculo del Crimen Matemático —CCM para los cuatro iniciados— se discutió en alguna sesión la historia del seis. Fue Iván quien soltó la más tajante teoría.

—Vamos a ver, si el alzhéimer: a) es un proceso de memoria a la inversa, es decir, se convierte en presente un pasado bastante remoto; b) si añadimos que también favorece la aparición de recuerdos «arrinconados», por peligrosos, o por puro pragmatismo de supervivencia. —Iba anotando en la pequeña Vileda de su cuarto, como casi siempre en las reuniones del grupo—. Y estos dos factores dan lugar a, en este caso, seis. —Hizo una pausa teatral—. Queda claro que algo en el pasado bastante remoto pero consciente (o sea, nada de infancias y esas cosas del psicoanálisis) resultó tan duro como para haberse grabado a fuego y, a la vez, haberse escondido a la vista de todos.

—O sea, estamos como antes —terminó Luis.

—No, lo que creo es que tu padre, lo diga o no, tiene una idea bastante clara sobre de qué va todo esto —aclaró Iván.

—¿Por qué estás tan seguro? —preguntó Vicente.

—¡Pues porque lo dice la lógica de la matemática!

—Mira, Iván, déjate de rollos. —Julio era el más difícil de convencer con la lógica de los crímenes, pero tam-

bién el más certero—. Si el viejo de Vicente sospechara algo, se lo diría. Aunque solo fuera para evitarle el sufrimiento al pobre hombre. ¿No?

—Salvo que sea un secreto de familia —protestó Iván.

—Hombre, todas las familias tienen secretos —de eso estaba seguro Vicente—, pero ¡tan ocultos y graves! Somos gente normal, tío.

12 —Los mayores monstruos son «gente normal», tío, no llevan la marca del diablo en la frente.

Vicente no dejaba de darle vueltas a la obsesión de Claudio. Siempre quiso mucho al abuelo; de hecho, toda su infancia estuvo marcada por su paciente presencia, sobre todo desde que se jubiló y, pese a las quejas de su hijo, compró una vieja casa en un pueblo cercano. «Cerca, para que puedas venir en tren a verme», le dijo a él guiñándole un ojo. Y en esa casa y por los bosques que la rodeaban había pasado casi todas sus vacaciones de niño. Después fue el lugar favorito para los fines de semana, grupo incluido. Claudio jamás intervenía en sus reuniones, ni molestaba preguntando cada cinco minutos qué estaban haciendo.

Teresa también adoraba aquel sitio. Allí se reconocieron desnudos por primera vez.

Si fuera una obsesión más, como muchas de los ancianos que compartían el salón para visitas, ni se habría preocupado, pero Claudio sufría, y eso sí era real, con aquella historia del seis. Boqueaba como si le faltara el aire, incluso aferraba la ropa o los brazos de quien es-

tuviera cerca y, con mirada alucinada, buscaba una respuesta en cualquier desconocido.

Como un pez fuera del agua.

Algo muy doloroso —algo que casi seguro conocía la familia e ignoraba el resto del mundo— se ocultaba tras la búsqueda del abuelo.

Iván tenía razón.

Le costaba reconocer que su padre trataba al suyo con un afecto remoto, apenas con el respeto que enseñan las normas. Claro que justo así se había relacionado siempre con el hijo: desde una distancia defensiva. A veces, Vicente imaginaba a su familia como a un grupo de teatro; cada uno con su papel perfectamente aprendido y sin implicaciones personales.

Al menos él había tenido a Claudio.

Claudio, que le descubrió Madrid, sus museos, sus cines y teatros. Y al Bosco.

Claudio, que compartía todas sus pasiones: los cómics en la infancia, las matemáticas después. Incluso le aplaudió el gusto cuando le presentó a Teresa. Sus padres no la conocían, pero el abuelo sí.

Desde siempre, el abuelo fue todo cuanto le faltaba en casa.

Sin embargo, Iván tenía razón: su familia escondía algo; algo capaz de haberlos convertido en carámbanos.

Y, en un instante, casi sin darse cuenta, el nieto tomó la decisión más trascendental de su vida.

14 Aquella tarde dominguera de mediados de enero, Vicente marchó antes de lo previsto. No soportaba los días «en negro» del abuelo.

Tardó una semana en volver. Nadie lo obligaba; sus padres acudían de tanto en tanto, aunque se sentían libres de compromiso porque lo imaginaban perfectamente atendido en aquella lujosa residencia. Lo bueno del dinero consistía en librarlos incluso de los afectos: pagando se gana el permiso para el olvido.

Vicente no olvidaba.

No dejaría solo al abuelo en aquella pesadilla.

Regresó al domingo siguiente. Aquel día tuvo más suerte.

—Hola, Vicente —saludó el abuelo, como si se hubieran visto el día anterior—. ¿Quieres merendar?

—No, gracias, ¿te ayudo?

—Creo que puedo.

Casi todos necesitaban ayuda para llevarse la comida a la boca. Los temblores o incluso ciertos estados cercanos a la catatonia obligaban a las cuidadoras y a los

familiares de visita a atenderlos como a niños. El abuelo aún mantiene una cierta apostura en la mesa, parte de aquella delicadeza que, de niño, lo había fascinado: él era el único que comía caracoles con el aparato indicado por las reglas de los más exquisitos modales sin jamás derramar una gota sobre la camisa o manchar los puños inmaculados.

—Cuéntame uno de esos crímenes vuestros, anda.

—Yayo, dicho así, alguno creerá que soy un asesino suelto.

—Tranquilo, aquí nadie se entera de nada. Y si se enteran, como somos viejos locos, pues lo mismo da.

Resulta sorprendente verlo en días como ese. Vicente suponía que, en momentos de lucidez, Claudio no soportaría bien aquel lugar. En el fondo, una cárcel acogedora y cuyos barrotes, en realidad, eran sus propias fragilidades. Sin embargo, a veces tenía la impresión de que el viejo aceptaba el encierro como parte de una culpa inconfesa y, por tanto, sin condena.

—Bueno, vale. Pero vamos a tu cuarto.

—Ayúdame.

Esta vez prescinde de la silla de ruedas, se apoya en el brazo de Vicente y en el bastón con empuñadura de plata. «Magnífico como arma», le dijo cuando lo extrajo del armario la primera vez que decidió utilizarlo para contrarrestar los fallos de su rodilla izquierda. Lo de la rodilla fue cosa de «un accidente estúpido», o eso aseguraba mientras llevaba las manos hasta ella como si así pudiera estrangular el aullido de dolor.

La habitación es cómoda, lujosa, con baño incorporado, sofá, escritorio, televisión y, como en el resto de la residencia, flores casi frescas en un jarrón. Lilas. No es tiempo de flores. Las traen de invernaderos y llegan sin fragancia, como cadáveres a medio descomponer. El olor a encierro sofoca la pituitaria de Vicente. Hace demasiado frío para abrir y la calefacción está demasiado alta.

16 —Nos tienen como a pollos en incubadora —asegura Claudio al entrar—. Por mí, puedes abrir la ventana. ¡A ver si borras el olor a falsa compasión!

Inicia una carcajada que pronto la tos corta en seco. Al menos logra reírse de sí mismo. Sí, esa tarde, Claudio recupera su auténtico yo, ese que Vicente atesora en su corazón. «A ver si a mí me guardas con el mismo fervor», solía decir Teresa, quien deseaba siempre ser el único centro en la vida de los otros.

—¿De qué va el crimen de hoy?

Lo pregunta como si hablara de un capítulo de su novela favorita. Se acomoda en el sofá, las dos manos apoyadas en el pomo del bastón, y espera su historia.

—Para este partimos de una noticia real e inexplicable. —Vicente se siente agradecido por momentos como aquel—. Un día aparece asesinado en el salón de su casa un rico banquero francés. Cuarenta años, atractivo, seductor, poderoso, soltero. Vivía solo en un apartamento con piscina en la terraza comunal, vaya, en la zona más exclusiva de París.

—Me gusta que sea francés —asegura Claudio.

—¿Por qué?

—Pues no sé, será por el morbo de las francesas frías y sus aún más fríos consortes.

—¿Qué pasa, te liaste con alguna?

—Pues no. Ya sabes, pura leyenda de españoles frustrados.

—Ya.

—Bueno, sigue.

—No hay robo, ni señales de lucha, ni tiene pinta de crimen pasional. Un asesinato limpio, sin beneficiarios, sin robo, sin pistas. Nada. Tan solo un pendiente, de plata y muy antiguo, sobre el pecho. Pero el pendiente estaba limpio de huellas y de restos analizables.

—¿Sin herederos?

—Su madre. Una mujer de sesenta y nueve años, viuda y con una fortuna personal que no lograría dilapidar ni en tres vidas. —Vicente hace una pausa, comprueba que Claudio escucha atentamente y que sus ojos brillan con inteligencia—. Sin embargo, el crimen esconde una lógica precisa, algorítmica y gestada con décadas de paciencia. Los números hasta culminar en su muerte se han movido con la soltura de quien conoce el lugar exacto donde ubicarse. Un asesinato cuyo origen se remonta a treinta años atrás, cuando el ahora difunto celebraba su décimo aniversario.

—Treinta años —murmura Claudio—. A veces, ni cincuenta bastan para borrar la huella del asesino.

—¿Cómo?

Vicente toma nota de aquella frase. Por primera vez en un momento de lucidez del abuelo encuentra la huella de su obsesión. Porque, está seguro, Claudio está hablan-

do de *su* número seis. Semanas más tarde, en otra habitación, esas palabras regresarán a la memoria del chico y retumbarán como balas.

—Nada. Por favor, sigue. Solo una cosa, ¿qué es lo real y qué habéis añadido vosotros?

—El asesinato es real, ya te lo he dicho. Salió en la prensa. También la hora exacta: tras una comida frugal y antes de la cena con su madre; el día de su cumpleaños cenaba siempre con la madre. Después, Luis buscó datos sobre su familia en internet y atamos cabos.

18

—Y escribisteis la ecuación perfecta.

—Pues sí.

—Pues termina.

—El asesinado descansa sobre una carísima alfombra china del siglo XVIII: tan solo un tajo cruza, sin vacilaciones, la garganta. Los forenses lo describen como un corte limpio, sin señales defensivas. El corte desapasionado de un matarife. Un corte de derecha a izquierda. El corte de un diestro.

—¡Qué precisión!

—Ya sabes, la nueva ciencia forense tiene más de datos cuantificables que de instinto del investigador.

—Sin embargo, el arma utilizada, la cercanía necesaria... ¿No habla de algo «personal»?

Sí, ese es el Claudio de siempre. El mismo que lo inició en la música de los números, en la poesía de las ecuaciones y el ritmo de baile en las curvas de los gráficos.

—Sí, pero algo personal tan meditado, tan tamizado, que se vuelve pura precisión fría.

—Fría. —Por un momento, parece regresar a los abismos negros de sus peores días, después levanta la cabeza y mira fijamente al joven—. Sigue, por favor.

—Los forenses ignoran que el primer movimiento de ese tajo que casi le cercenó la cabeza tuvo lugar cuarenta años atrás, o tal vez antes, el día en que nació su madre, o quizá el día en que decidió colaborar con la Resistencia en la guerra de Argel.

Vicente hace una pausa, Claudio sigue ahí, en la misma habitación, no navega por aguas tenebrosas y desconocidas.

—Todas las historias se cruzan en algún punto y se ramifican, se «individualizan» en alguna ramificación —continúa—. Es necesario escoger un punto.

—El más cercano, aquel que guarde mayor vínculo.

—¡Exacto! Para el banquero, el primer punto visible aunque inconsciente, como casi siempre sucede con aquello que termina por ser determinante en nuestro futuro, sucede el día en que sus padres organizan una fiesta en el inmenso apartamento, el mismo donde lo asesinaron, para celebrar su décimo cumpleaños. En uno de los salones, niños de su misma edad y compañeros del exclusivo centro donde estudia; en otro, los padres de esos niños, matrimonios amigos, parejas perfectas, esas gentes con exquisitos modales y oscuros armarios, que pisan las alfombras con la lánguida belleza de cisnes en estanque propio.

Claudio sonríe. Ambos conocen los trucos para relatar una historia: la morosidad, la tensión de las palabras, los ligeros rodeos... ¡Le ha contado tantas aquel abuelo!

Siempre llega el momento de devolver cuanto nos han ido regalando. Vicente le debe historias a Claudio. No sabría qué devolverles a sus padres si estuvieran en la misma situación.

Por un segundo, imagina que su padre tal vez no recibiera de Claudio todo cuanto recibió él. Desecha la idea: quiere demasiado al abuelo para colocarle la menor sombra. Su padre, incluso su madre, simplemente eligieron la memoria fría del lagarto.

20 Claudio es inocente.

La tarde que descubra el secreto de aquel hombre será más dura por haberlo colocado siempre al margen de cualquier culpa, de cualquier error.

—El homenajeado no escuchó la discreta campanilla de la puerta —continúa el relato Vicente—. Una doncella con guantes, delantal almidonado y cofia entreabre la puerta corredera del salón donde beben los adultos y se acerca hasta el militar retirado y ahora próspero hombre de negocios. La esposa, hermosa, frágil, eternamente delicada y eternamente firme, se lleva la mano izquierda hasta las perlas del collar, se acerca al marido y ambos salen en dirección a la puerta de entrada. El niño del cumpleaños, creyendo que Nicole, la chica que más le gusta, acaba de llegar, se asoma para comprobar su presencia rubia y tan delicada como la de su madre. Ya sabes, buscamos en las mujeres a nuestra madre.

—¡No seas memo! Te aseguro que Teresa no guarda ningún parecido con tu madre.

—Supongo que eso es un piropo.

—Pero, naturalmente, no era Nicole. —Claudio desea regresar a la historia.

A veces, Vicente imagina que su abuelo ni quiere demasiado a Miguel, ni ha respetado nunca a la mujer que este eligió por esposa. Tal vez por eso, su madre apenas soporta la presencia de su suegro. Nada es inocente en nuestros afectos, salvo cuando se tiene la edad de Vicente: entonces aún se quiere sin preguntas, sin examinar las fisuras en el otro; por eso duele más descubrir las grietas en el ser amado.

—No. —Vicente regresa a la historia—. Lo que ve es una escena irreal para sus diez años entre algodones y felicidad: un anciano enjuto, vestido con un traje viejo y anticuado, con una camisa limpiísima y tan vieja como el traje, abotonada hasta la misma nuez, quien, sin mover un músculo, escucha, con la cabeza baja, las protestas del general retirado, mientras su bella esposa, con la boca ligeramente abierta y una sombra de horror en las pupilas azul oscuro, mira al marido como si fuera un asesino. El niño y el anciano cruzan una mirada. Apenas unos segundos. El hombre le sonrío. Entonces se percatan de su presencia, y la madre, con el pañuelo blanco cubriéndole la boca, lo desaloja del vestíbulo mientras su padre sale en busca de dos jóvenes con uniforme que siempre andan cerca. La guardia del general coge en volandas al recién llegado y lo arrastra hasta el portal de la casa. Por su parte, el niño regresa a la fiesta esperando que el ser sorprendido en falta no le traiga mayores represalias. Esa misma noche, entre los fantásticos regalos, olvida

el rostro del desconocido. Se lo recordará con precisión otro rostro, treinta años más tarde. Y ese será el último que verá.

—Me gusta —asegura Claudio—. ¿Y?

22 —La vida del niño rico continúa, sin recordar el incidente, tal como fue planeada. Las ligeras modificaciones que supuso la presencia del viejo enjuto le pasan desapercibidas. Sin embargo, las ruedas del destino han comenzado a girar. El perfecto matrimonio de sus padres se rompe, sin escándalo ni aclaraciones para la galería. Sin ruido. Desde esa noche, duermen en cuartos separados y tan solo se los ve juntos en los obligados actos sociales y en presencia del hijo. Sin saberlo, la esposa acelera el proceso con esa ruptura. El militar, tal vez agobiado por su propia culpa, escribe una larga carta a su antigua amante argelina. Imbuido en su propia soberbia, ignora que la carta no la recibirá una mujer enamorada, sino una capaz de odiarlo con el mismo énfasis con que buscó su compañía para sonsacarle información sobre los movimientos militares en la Casbah.

Vicente se regodea en el lenguaje. Luis, un fenómeno de la informática, insistía en el cuidado del envoltorio, «una ecuación comienza con su enunciado; la poesía reúne la palabra; el número, el signo y el sintagma...». La historia también es, en esencia, el envoltorio.

—La carta sirvió como confirmación de un destino: el de su bebé robado en uno de aquellos calabozos donde terminó al ser descubierta. Al bebé le debe la vida. Al general, la locura de perderlo. El mestizo fue adoptado

por el general y su mujer, estéril. Tal vez fuese lo mejor. Le evitó el rechazo de sus parientes argelinos y le abrió un mundo de posibilidades. Tal vez, si hubieran recibido con un cierto honor al anciano enjuto que se presentó aquel año, las ruedas del destino hubieran girado en otro sentido.

—El anciano era el padre de la chica argelina, ¿no?

—Veo que no has perdido reflejos.

—¿Qué buscaba?

—Tan solo conocer al nieto. No molestaría, dijo, tan solo verlo, entregarle algo de sus antepasados para que lo protegiera; no volvería a molestar.

—¡El pendiente!

—¡Exacto! —Vicente se siente tan feliz como en los remotos días de su infancia, la diferencia estriba en quién cuenta las historias, solo en eso—. El abuelo regresó humillado tras el largo viaje; murió pocos meses después, sin darle a la hija la dirección del chico, tal vez para evitarle algo peor que una humillación.

—Y la esposa del general, ¿lo sabía?

—Podemos dudarlo. Desde luego, el niño no lo había parido ella, pero de ahí a imaginarlo hijo de una prisionera, amante del marido, con todas las probabilidades de ser su hijo... Es posible, al menos encaja en la ecuación de sus actos posteriores, que lo descubriera en aquella fiesta, tal vez por eso se refugió en el odio, primero; en la mudez ausente, después.

—Los hijos cargan con los pecados de sus padres
—murmura el anciano.

Vicente siente que, en aquel raro y largo momento de lucidez, Claudio trata de dar pistas, como un juego, sobre aquel número. Pistas para él.

—Bastaba una llamada que podemos escribir por nuestra cuenta: «Tengo algo que le pertenece y que intentaron entregarle el día de su décimo cumpleaños». Una voz de mujer, casi con seguridad, porque no suele levantar suspicacias. Por otra parte, algo así despertaría un recuerdo cierto, por muy arrinconado que estuviera. Pero imaginemos que, aun así, duda. La voz podría dar un dato irresistible: «El general, su padre, dejó algo importante en Argel. Algo que le pertenece». ¿Quién podría resistir la tentación? Los hijos desean encontrar secretos en la vida de los padres para adornar el deseo de sustituirlos...

—¡Creí que te mofabas del psicoanálisis!

—Como única explicación posible, sí; como añadido de información, no.

—Bien. ¿Quién le cortó el cuello?

—Ese dato es irrelevante; pudo ser su propia madre, con lo cual la tragedia en el más clásico de los sentidos estaría servida...

—Medea.

—Por ejemplo. Pero también pudo ser algún familiar cercano. Los odios de las familias suelen ser colectivos y duraderos.

—Cierto —murmura como si concluyera una oración.

—Además —Vicente se anima cuando Claudio recupera la lucidez—, sería el crimen perfecto. Existen mínimas probabilidades de que la policía encuentre al asesino.

—¿Porque no dejó huellas, ningún rastro?

—No solo. Como sabes, el crimen muchas veces se descubre, no por los indicios, sino por los candidatos a cometerlo...

—El móvil.

—¡Exacto! Descubrir quién se beneficia, o quién tenía motivos. —La mano de Claudio tiembla un poco—. Con eso, un poco de presión y ¡listo! Pero, en este caso, la policía ignora aquel viejo detalle del décimo cumpleaños.

—No mirarán el pasado —murmura el anciano.

—¿Quién sospecharía un cadáver semejante en el armario de una familia tan importante?

—Todos, todos tenemos cadáveres...

Por un segundo parece que va a hundirse en las sombras. Se rehace y el nieto respira aliviado. Vicente se levanta para descorrer las cortinas floreadas y aprovechar la escasa luz de la tarde, entonces siente una garra aferrada a su brazo.

—Vicente. —Sus manos artríticas aprisionan como un cepo el brazo del joven—. Tienes que encontrar al número seis. ¡Te lo ruego!

—Vale. —Lo mira. No, no ha recaído, continúa lúcido—. ¿Dónde?

—Ella lo supo siempre.

—¿Quién?

—Matilde.

—¿Cómo...?

Imposible. Las brumas han vuelto. Un velo de nubes cubre la mirada del viejo. Ha regresado al mundo gelati-

noso del alzhéimer. Sin embargo, ahora Vicente tiene la certeza de que la obsesión del abuelo gira en torno a alguien concreto, a un ser humano. Y Matilde lo sabe. Trata de hacer memoria. No, no logra ponerle cara. Pero tiene un nombre y sus padres tendrán que contestar, esta vez sí, sus preguntas.